

Fascículo 5

Escribirte en la memoria Historia

Brandon Cardozo



museo de la
memoria

Resistencia | Memoria | Justicia



Escribirte en la Historia

*Por Ignacio Cagliero
Ilustrado por Darío Ares*



**museo de la
memoria**
ROSARIO | ARGENTINA

Intendente
Pablo Javkin

Secretario de Cultura y Educación
Federico Valentini

Director Museo de la Memoria
Lucas Massuco

Coordinación del proyecto:
Leandro Bartolomeo

Dirección artística:
Alina Calzadilla

Dirección editorial:
Eugenia Langone

Texto:
Ignacio Cagliero

Ilustraciones:
Darío Ares

Diseño y diagramación:
Joakina Parma

Corrección:
José Sainz

Rosario, abril de 2025.

in
ca.
que
de
a
cha.

Escribirte en la Historia



Escribirte en la Historia

5

**Brandon
Cardozo**

Fascículo 5



Las imágenes
se agrupan
como las
escenas de
un mal sueño



Laura Ávalos habla p[REDACTED] pausado.

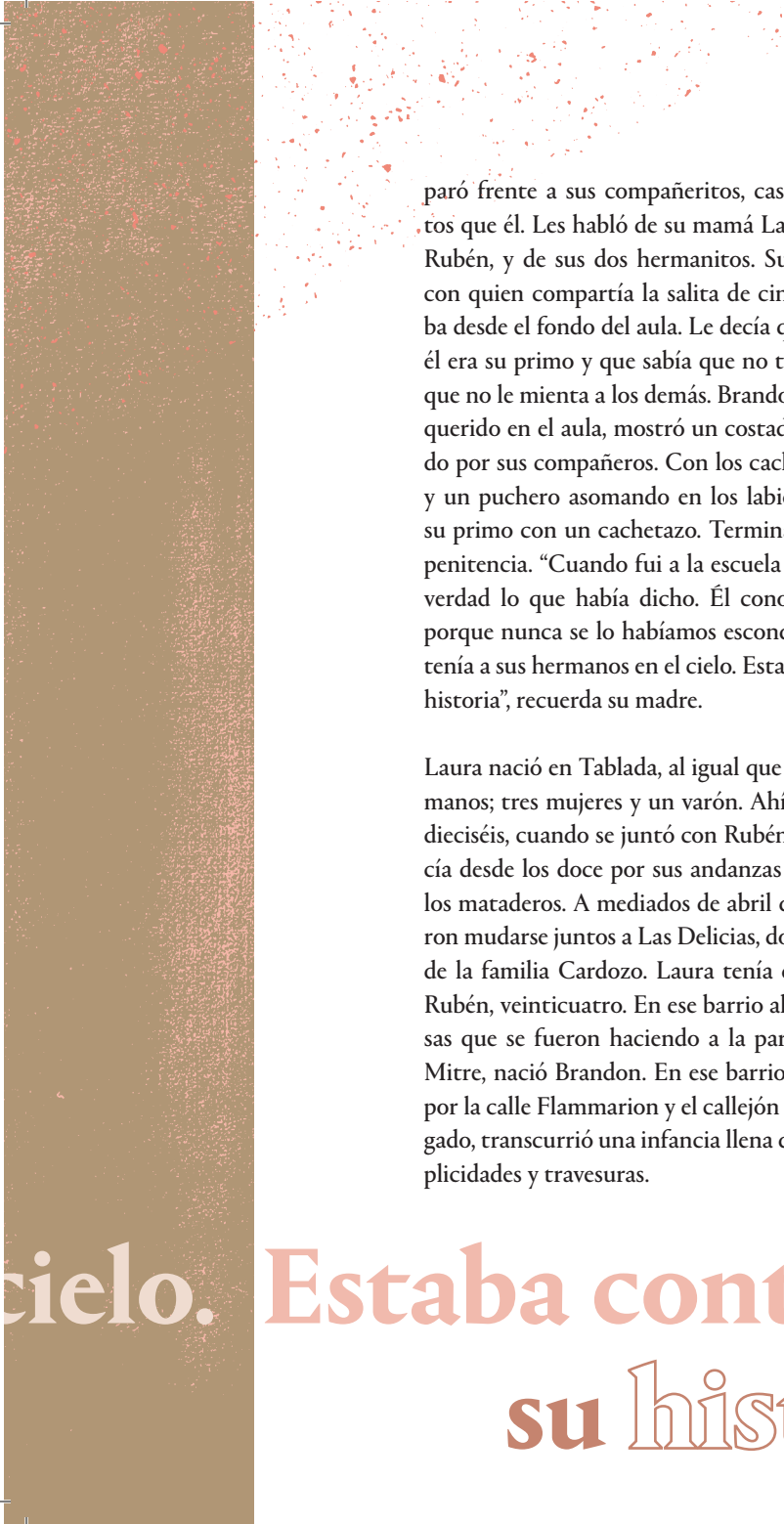
Cuando las palabras empiezan a entrecortarse, cuando las frases quedan sin completar, aprieta con su mano derecha el dije en forma de corazón que le cuelga del cuello. Dice que la ayuda a concentrarse. Las imágenes se agrupan como las escenas de un mal sueño que la acompañará de por vida. Una voz que grita desde la puerta y se va haciendo cada vez más grande. El viaje en moto hasta el hospital. La sensación de vacío cuando el policía de turno le informa que Brandon Cardozo, su hijo de dieciséis años, en realidad no está descompuesto por tomar unas copas de más en año nuevo. Brandon murió por haber recibido un balazo en el mentón. Su familia supo casi desde el primer momento que la bala había salido de un arma reglamentaria. Pero pasaron varios días hasta que Laura se enteró de que a su hijo lo había matado un policía.

Brandon Cardozo nació el último 19 de febrero del siglo XX. Era viernes. Laura rompió bolsa a las ocho de la noche del día anterior. Estaba en su casa y se tomó un remis junto a su pareja Rubén Cardozo, una de sus hermanas y su cuñado. Y como si no estuvieran ya demasiado amontonados en los asientos, también pasaron a buscar a Dora, su mamá, la futura abuela. De Las Delicias a Tablada. De Tablada a la Maternidad Martín. Todos procurando que el parto no se produzca arriba del auto. Por suerte, se hizo esperar: recién a los quince minutos de comenzado el nuevo día, Laura tuvo a Brandon. No había sido el primero y tampoco sería el último.

“Yo además de Brandon tuve dos nenes más que fallecieron”, cuenta Laura. Tiene cuarenta y tres años, la tez morena y los ojos bien negros. El parecido con Brandon es notorio: la misma nariz ancha, los mismos labios gruesos, la misma sonrisa. Antes tuvo una nena, que falleció luego de una semana. Después de Brandon, otro varón, que sobrevivió apenas tres días. Desde chico, Brandon se empapó de su historia familiar. Hablaba de sus dos hermanos, los tenía presentes.

Cuando estaba en preescolar, la directora del jardín de infantes llamó a su casa. Los llamados escolares no suelen ser un buen augurio. Era el Día de la Familia y la consigna de la clase era que cada uno contara cómo se componía su núcleo cercano. Brandon se

Decía que tenía a
sus hermanos en el ci



paró frente a sus compañeritos, casi todos más altos que él. Les habló de su mamá Laura, de su papá Rubén, y de sus dos hermanitos. Su primo Guido, con quien compartía la salita de cinco, lo escuchaba desde el fondo del aula. Le decía que mentía, que él era su primo y que sabía que no tenía hermanos, que no le mienta a los demás. Brandon, que era muy querido en el aula, mostró un costado poco conocido por sus compañeros. Con los cachetes colorados y un puchero asomando en los labios, le retrucó a su primo con un cachetazo. Terminaron los dos en penitencia. “Cuando fui a la escuela les dije que era verdad lo que había dicho. Él conocía su historia porque nunca se lo habíamos escondido. Decía que tenía a sus hermanos en el cielo. Estaba contando su historia”, recuerda su madre.

—
II
—

Laura nació en Tablada, al igual que sus cuatro hermanos; tres mujeres y un varón. Ahí vivió hasta los dieciséis, cuando se juntó con Rubén, a quien conocía desde los doce por sus andanzas en el barrio de los mataderos. A mediados de abril de 1996 decidieron mudarse juntos a Las Delicias, donde vivía parte de la familia Cardozo. Laura tenía dieciocho años. Rubén, veinticuatro. En ese barrio alargado, con casas que se fueron haciendo a la par del ferrocarril Mitre, nació Brandon. En ese barrio monopolizado por la calle Flammarion y el callejón Vuelta de Obligado, transcurrió una infancia llena de amigos, complicidades y travesuras.

cielo. Estaba contando
su historia.

A su primera hija, Laura decidió llamarla Georgina Micaela. Pero en el Registro Civil Rubén le cambió el nombre a último momento, quería que se llame como su mujer y la anotó como Laura Micaela. Al segundo Rubén quería llamarlo Brandon, y Laura eligió el segundo nombre, Alexis. Pero de nuevo el padre eligió por su cuenta: lo anotó como Brandon Rubén. Ya lo tenía decidido. Su hijo llevaría en parte su nombre y en parte el nombre de un actor que venía de ser furor: Brandon Lee, el hijo de Bruce Lee.

En Las Delicias, Brandon conoció su principal pasión, el fútbol. Primero, en el club Amanecer, una canchita a dos cuadas de su casa. Era un espacio de iniciación deportiva y contención para los chicos del barrio. Uno de los vecinos, el Negro Medina, se encargaba de entrenarlos y de que todos se vuelvan a su casa con una merienda en la panza. Para muchos, esa era la última comida hasta el día siguiente. Brandon iba junto a su primo Lautaro. Cuando salían de su casa no decían que se iban al entrenamiento, sino a tomar la chocolatada a la canchita.

Comenzó a jugar de muy chiquito. A los tres años ya lo ponían en equipo con los nenes de cinco. Los pantalones cortos le pasaban las rodillas y con las medias levantadas no se le veían las piernas. Las mangas cortas le quedaban largas. Su mamá recuerda que mientras todos se iban al vestuario a tomar agua, Brandon se acercaba al tejido de la cancha y se clavaba una mamadera para recobrar fuerzas. “Después se iba de vuelta a correr como si nada”, dice Laura entre risas.

En Las Delicias, Brandon conoció su principal

Brandon, el fútbol. y la pasión

Jugó un tiempo en Amanecer y después pasó al club Dorrego, donde hizo todas las categorías del baby, hasta los doce. Finalizada la etapa de infantiles, su juego lo puso en el radar de algunos clubes. Le ofrecieron jugar en Sanford, un pueblito de dos mil habitantes, a ochenta kilómetros de Rosario, sobre la ruta 33. Hasta allá viajaba tres veces por semana para entrenar y los sábados para los partidos oficiales. Para Brandon, ser futbolista era una meta a la que podía llegar a base de esfuerzo y dedicación.

“Los días que tenían doble turno en la escuela llegaba a casa y mi mamá lo esperaba con un yogurt para que comiera. Y enseguida salía para Sanford a entrenar. Lo iban a buscar y lo dejaban en la puerta de la casa como a las diez de la noche. Y al otro día se levantaba temprano para ir a la escuela”, dice Laura. Poco antes de su muerte, lo habían convocado para integrar el seleccionado casildense, conformado por los mejores jugadores de la liga. La noticia lo tenía entusiasmado. Estaba convencido de que pronto le llegaría su oportunidad para medirse en un club de primera. Era cuestión de tiempo. Intentaba dejar lo mejor cada vez que sabía que algún ojeador de talentos estaba en la cancha.

El fanatismo de Rubén por Boca no se impregnó en Brandon, que era hinchita de Newell's como su mamá. Su objetivo era llegar a la primera del rojinegro. Así lo había decidido cuando Laura lo llevó a la cancha por primera vez, mientras Rubén aprovechaba para hacerse unos mangos como cocacolero en las tribunas del estadio Marcelo Bielsa. En ese lugar oyó hablar por primera vez de un tal Diego Armando Maradona, al que con los años iría descubriendo en profundidad. Su paso por la Lepra y sus conquistas con la selección lo llenaban de orgullo. Pero, sobre todo, le gustaba Maradona porque compartían el sueño de comprarle una casa a su mamá y a su abuela. Ayudar a su familia estaba instalado en la cabeza de Brandon desde chico. Al punto que alguna vez lo llevó a replantearse su futura profesión:

—Abuela, ¿quién gana más? ¿Un futbolista o un bailarín de stripper? —preguntó una vez sin entender demasiado la risa de los más grandes.

De a poco, Sanford se fue convirtiendo en algo más que el lugar donde jugaba al fútbol. Ahí tenía otros amigos y se empapaba de una tranquilidad que en Rosario no encontraba. Cuando sus padres se separaron, Brandon le propuso a su madre mudarse a ese pueblito al que cada vez le tomaba más cariño. “Al mes que nos separamos, Rubén se juntó con otra mujer y yo no podía salir de la depresión. Más de la mitad de mi vida la viví con él y de golpe y porrazo no estaba más. Brandon me veía mal y me lo decía, que nos mudemos a Sanford. Nunca lo hicimos, y es algo que hoy me reprocho”, lamenta Laura.

*“Es el
pero tan*

*el barrio que vio nacer a **Brandon**, también el barrio que **me lo quitó**".*

La separación no fue fácil para ella. Pero aunque tenía apenas catorce años, Brandon fue su sostén para seguir adelante. Luego de una crisis de celos, Brandon la abrazó y le dijo algo que todavía recuerda palabra por palabra: "Él no va a volver con vos". La tristeza dejó de ser paralizante y Laura se propuso cambiar.

En agosto de 2013 Laura se mudó a casa de su madre, a unas cuadras de donde vivía con Rubén, siempre dentro de Las Delicias. La idea era quedarse unas semanas en lo de su madre hasta encontrar una casa para alquilar. Pero se terminaron mudando ahí de manera definitiva. Los planes cerraban desde lo económico y también desde la planificación familiar: Laura trabajaba en horario nocturno haciendo tareas de limpieza en el Sanatorio Mapaci y su madre se encargaba de Brandon por la tarde, para que ella pudiera descansar. La dinámica estaba aceiteada. Laura llegaba de trabajar, preparaba el desayuno para Brandon y lo llevaba a la escuela. Luego dormía, para encarar fresca una nueva jornada laboral.

Sus vidas siguieron vinculadas a Las Delicias. De nuevo en esa misma casa, mientras el sol cae por el lado de las vías y ceba mates en el living, que recuerda a Brandon por todos los rincones, Laura tiene sentimientos encontrados: "Nunca dejamos este lugar. Es el barrio que vio nacer a Brandon, pero también el barrio que me lo quitó".

Brandon hizo la primaria en la Escuela Provincial N°79 República del Paraguay. Gabriela Charme, su maestra en sexto y séptimo grado, lo recuerda como un chico educado y solidario con sus compañeros. Tenía, dice, una cuota de picardía que escondía detrás de una sonrisa compradora. Un chico muy capaz dentro del aula, aunque menos cumplidor a la hora de estudiar o llevar la tarea a tiempo. “Se sacaba notas para aprobar, pero si lo presionabas un poquito levantaba un montón”, cuenta.

Gabriela lo conocía desde antes de ser su maestra. Se acuerda de ese pibito chiquito y gambeteador que tiraba paredes con su hijo, Iván, en las canchitas del club Dorrego. Con Laura se cayeron bien enseguida. Junto a otros padres se encargaban de que a ningún chico le faltara nada a la hora de jugar. Los llevaban en sus autos cuando tocaba de visitante y organizaban rifas y ventas de comida para comprar camisetas o materiales de entrenamiento. Todos colaboraban para sostener ese club de barrio, que dibujaba un horizonte para muchos de sus hijos.

“Éramos todos padres y madres de la misma edad y hacíamos lo que podíamos para dar una mano, porque el club no tenía mucho. Se armó un grupo lindo de padres, pero también de chicos. Se veía en ellos un deseo por jugar, no los movía la obligación. Se había formado una linda amistad”, comenta Gabriela sobre aquellos años. Con Laura quedó un vínculo particular que se mantiene hasta hoy y Brandon sigue presente en su vida: “Es un chico que creció en una familia de buena gente y con buenos valores. Y él los

Negro © Negrito, pero en el barrio era el Nano

tenía a todos. Un nene con mucho amor alrededor, en sus padres, en sus abuelas, en sus amigos”, cuenta. Se le empieza a dibujar una sonrisa y continúa: “Era un chico muy bonito y estaba siempre impecable, muy pituco. Vivía enamorado, siempre le gustaba alguien”.

Belén Mendoza, amiga de Brandon de toda la vida, confirma esa faceta enamoradiza. Tiene veintiún años y también creció en Las Delicias. Cuando piensa en aquella infancia recuerda las tardes interminables de juegos en los pasillos del barrio: las escondidas, la mancha, las bolitas, la pelota. Se sumaba a los grupos en los que casi todos eran varones, pero se hizo amiga de Brandon.

“Vivíamos todos en el callejón y jugábamos todo el día en la calle. Yo vivía a unas cuatro cuerdas de Brandon. Mi vieja se hablaba con sus padres, era una buena relación. En su casa le decían Negro o Negrito, pero en el barrio era el Nano. Le decíamos así como diminutivo de ‘enano’”, revela. Hubo una temporada en que su madre se había empeñado en vestirla de blanco. Con los ojos achinados de travesura y los hoyuelos de los cachetes llenos de picardía, Brandon le decía que estaba muy limpia y después la empujaba a la zanja llería de barrio. “Volvíamos a casa todos sucios”, recuerda. Dice que era una persona alegre, que entraba rápido en confianza. Que tenía un gran sentido del humor, que siempre se prestaba para la joda.

A medida que fueron creciendo, Brandon acudía a ella para pedirle consejos amorosos que rara vez ponía en práctica. A Belén eso la enojaba y cada tanto le cortaba el rostro. Para que aprenda, se decía a sí misma. Pero volvía a caer en los mismos errores de joven galán: “Él la estaba pasando mal con una chica y yo le decía que se distancie. Yo lo escuchaba llorar a moco tendido una hora y al rato estaba subiendo fotos con la mina a Facebook. Entonces yo me cansaba y le dejaba de hablar por unos días”.

Pero Brandon era muy amigo de sus amigos. Se hacía difícil no perdonarlo rápidamente. Cada vez, Belén lo recibía nuevamente con los brazos abiertos y la oreja predisuelta a escuchar sus males de amor. “Nos arreglábamos rápido”, dice, y agrega: “Él era mi único amigo. Yo estaba siempre con un montón de conflictos en casa y era el único que me bancaba”.

Cuando mataron a Brandon, Belén estaba enojada con él. Se habían peleado dos semanas antes por los problemas amorosos de Brandon y su rol de celestina. Pero esta vez, Belén había ido un poco más allá: lo había eliminado de las redes y había borrado los chats con él. Con el tiempo, el destino la sorprendería: “Años después me mudé a una casa y terminé siendo vecina de esa chica con la que iba y venía Brandon. Me enteré que ella lo re quería y que ese día también iba a salir con él, pero se terminó bajando. Hoy es una de mis mejores amigas. Es como que, al final, Brandon nos conecta a todos”.

Cristofer Orué tiene veinticinco años y es otro de los amigos de la infancia. Sus padres prácticamente se criaron juntos. Hace un tiempo vio algunas fotos de cuando estaban levantando su casa, a fines de los



Brandon
era muy
de sus



on y amigo amigos

noventa, en las que el papá de Brandon aparece acomodando ladrillos y preparando la mezcla junto al suyo. Cada vez que las familias compartían un rato, Cístofer y Brandon se la pasaban jugando.

Pero no quedaron demasiados registros de esos encuentros. “Tenemos muy pocas fotos juntos”, se lamenta. Entre las más recientes aparece una del 13 de enero del 2008, el día siguiente de su cumpleaños de nueve. Después de todo un día de juegos y festejos, Brandon se quedó a dormir en su casa. A la mañana, la mamá de Cístofer los despertó con una propuesta: enseñarles a hacer un bizcochuelo. La foto los muestra posando para la cámara, mientras las cuatro manos chiquitas se esfuerzan por mostrar los resultados de una mañana de repostería. “Seguro salió horrible, pero lo comimos contentos”, señala.

Cístofer describe a Brandon como un chico feliz, fresco, solidario. “Era una persona que parecía saber que su mundo era muy caótico, como lo es el de todos, pero él no tenía problemas con eso. Lo querías tener cerca, tenía una alegría constante que se hacía contagiosa. Te cambiaba el día”, afirma.

Hicieron la primaria en colegios distintos, pero se pusieron de acuerdo para coincidir en la secundaria. Se anotaron en la Escuela Naval N° 697, en Buenos Aires y Virasoro. “En la primaria a mí me cambiaron de escuela y se me complicó muchísimo adaptarme por no saber hacer amigos. Y en la secundaria eso es mucho más complicado”, explica. La idea era poner las habilidades sociales de Brandon al servicio de Cístofer. Pero les tocó en cursos distintos y el plan parecía difícil de implementar. Sin embargo, Brandon le encontró la vuelta: “Como sabía que me costaba integrarme, en los recreos me presentó a unos amigos suyos que estaban en mi aula. Al día de hoy son mis amigos”.

Entre ellos, la música ocupaba un rol fundamental. Tardes enteras compartiendo discos, recomendándose artistas, analizando cantantes. A Brandon le gustaba el rap. Y ese género terminó de permear en Cristofer. “Un día me llegó una notificación de que me había etiquetado en la publicación de un músico rosarino, Kodigo, que rapeaba. Pero lo hacía de una manera que yo no conocía: no cantaba algo previamente escrito, sino que improvisaba en el acto, de la nada sacaba rimas. Yo hasta ese momento no sabía nada de lo que era el freestyle, ni que había competencias. Pensaba que había alguna trampa, porque para mí era como imposible”, cuenta Cristofer. Todavía no imaginaba hacer una carrera como músico.

En la adolescencia las juntadas comenzaron a ser más espaciadas. Pero cuando se reencontraban, era como si no hubiese pasado el tiempo: “A veces mi papá iba a saludar a Rubén y Laura y se venía con Brandon en la moto, que se quedaba a dormir un par de días. Era como tener un hermano”. Con el cuerpo invadido de tristeza, dice que estuvieron todo el 2015 sin verse. Y que lamenta no tener otras fotos juntos, más cercanas en el tiempo.

“Es muy difícil sacarse la
sensación de culpa por haberle
dado *permiso*, por no haber

dicho algo más

El 31 de diciembre de 2015, Brandon recibió el nuevo año junto a su mamá, su abuela Dora y su tía Gisel, la hermana menor de su mamá, que estaba junto a su hijo Gael, de seis años. Cenaron y brindaron con vino espumante. Después de las doce, la sobremesa se extendió un buen rato. A eso de las tres de la mañana, Brandon saludó a su madre y le dijo que iba para lo de Gregoria, su abuela paterna, a encontrarse con sus otros primos. Le dio un beso en el cachete.

Laura vuelve a apretar su cadénita en forma de corazón cuando rememora la escena. Reconoce que no le gustaba la idea de que su hijo estuviera solo en la calle a esas horas. Aunque fuera en su propio barrio, donde cada rincón era una extensión de su hogar, donde cada vecino era como un miembro de la familia. Pero no dijo nada. Pensándolo hoy, cree que lo hizo para no discutir en un día de celebración. “Es muy difícil sacarse la sensación de culpa por haberle dado permiso, por no haber dicho algo más. Yo sé que no es culpa mía, pero esa sensación todavía la tengo”, dice entre lágrimas.

—Cuidate, vieja.

—Cuidate vos, que vas a salir.

Uno, dos, tres, siete

Fue lo último que se dijeron. Según la reconstrucción de los hechos, Brandon estuvo en casa de Gregorio con su primo Víctor, al que todo el mundo conoce como Pancho. De ahí fueron a una fiesta callejera a unas pocas cuadras, en la esquina de Entre Ríos y Centenario, donde se juntaron con unos amigos. La convocatoria se había difundido por redes sociales y reunió a unas quinientas personas. Tres cuadras de gente festejando el nuevo año. Habían llevado conservadoras con bebidas alcohólicas y ponían música desde los autos.

El paisaje era el habitual para ese tipo de eventos hasta que empezaron los disturbios. La música fuerte, una mala mirada, una respuesta peor; cualquier situación pudo haber sido el disparador de la gresca. Primero fueron piñas y patadas, después piedras y botellazos. De repente se oyeron disparos y la gente comenzó a correr en todas las direcciones. Uno, dos, tres, siete detonaciones. Una alcanzó a Brandon mientras corría por Centenario en dirección a Corrientes. La bala entró a la altura del labio y quedó alojada en la zona del cuello.

El policía Emiliano Gómez, que en ese entonces tenía veintiséis años e integraba la Motorizada de la Unidad Regional II, estaba de franco y decidió ir a la fiesta. Reconoció después que disparó para disuadir la pelea, aunque dirá que fueron menos veces y que no fue el único. Pero las pericias determinaron que los siete disparos salieron de su arma reglamentaria.

detona

acciones

La acción fue advertida por Lucas Brest, un compañero de brigada que también estaba en el lugar. Conocía a Gómez del trabajo, pero también del estudio: habían egresado en la misma promoción de policías. Brest le dijo a Gómez que dejara de disparar contra la gente, se subió a su auto y se fue. Algunas cuadras después se cruzó con un patrullero y avisó a esos agentes de los disturbios y los disparos.

Ese mismo patrullero llegó al lugar y se encontró con Brandon recostado bajo un árbol. Pancho, su primo, y Sebastián, un amigo del barrio, intentaban reanimarlo. Le sangraba la boca y agonizaba. Los policías lo cargaron en el patrullero y lo llevaron al Hospital Roque Sáenz Peña, a unas diez cuadras. Brandon llegó sin vida. En poco más de un mes habría cumplido diecisiete años.

Laura pudo saber, por medio de Pancho y Sebastián, que su hijo le dirigió sus últimos pensamientos:

—Pancho, mi mamá. Pancho, mi mamá.

Laura ya no toca la cadenita y ahora sus frases salen con nitidez. Un pensamiento camina en su cabeza desde esa noche: “Siempre me pregunto qué le habrá querido decir. Él era muy pegado a mí. Quizás presintió que no la iba a contar y que no me iba a ver más. Y que para mí iba a ser muy difícil estar sin él”.

Le dieron un tiro con entrada y salida

La madrugada del primero de enero, Laura llevó a su hermana menor en moto hasta su casa y volvió a dormir. Gael se quedó en casa con la abuela. Como al día siguiente no trabajaba, Laura había organizado un día de camping en familia, en las piletas del polideportivo El Torreón, en Oroño y Circunvalación, para comenzar el 2016. Estaba entusiasmada con ese plan, que durante el verano repetían cada vez que podían. Habían comprado gaseosas, galletitas y comida para instalarse desde temprano.

A las cinco de la mañana, tocaron la puerta de la casa, pero nadie atendía. Entonces empezaron a los gritos:

—¡Señora! ¡Señoora! ¡Señoora!

Laura no oyó nada. Su madre se asomó por la puerta y subió como pudo la escalera que llevaba a la habitación de su hija.

—Lau, vinieron los amigos de Brandon y dicen que lo llevaron a la guardia del Roque porque se descompuso.

—¡Oh, este pibe!

—Andá tranquila, Lau. Que Brandon no sabe tomar, es chico, capaz que algo le cayó mal.

Lo ~~ma~~
mata

ida.

████████████████████

mataron

Arrancada del sueño, Laura encendió la moto y se fue a la guardia del hospital. En la recepción se presentó como la madre de Brandon Cardozo. Dijo lo que sabía hasta ese momento: que los amigos le habían avisado que lo habían trasladado ahí porque se había descompuesto. En la administración le pidieron el documento y la hicieron esperar. Le prometieron ponerla en contacto con un médico que nunca llegó.

Un policía que estaba en la entrada escuchó la conversación.

—¿Qué es usted de Cardozo?

—La mamá.

—Bueno, pásala. ¿Viniste sola?

—Sí, ¿por qué?

—A Cardozo lo mataron.

—¿Vos me estás jodiendo?

—Hubo un enfrentamiento entre dos bandas. Cardozo tenía un arma y lo mataron. Le dieron un tiro con entrada y salida. Lo mataron.

Entre la conmoción y la incredulidad, Laura rompió en llanto. Reclamaba ver a su hijo y el guardia de seguridad la llevó hasta la morgue. El cuerpo estaba tapado, pero le bastó con verle las medias para saber que se trataba de Brandon. Ningún médico le explicó nada, solo el policía de la entrada le dio un hilo del cual tirar: le dijo que quien había llevado a Brandon al hospital era Victor Aquino, Pancho, que en ese momento estaba prestando declaración en la comisaría 20.

La historia no le cerraba y nadie le aportaba ningún dato. Por eso se subió a la moto, pasó a buscar a su madre, que cargó a Gael en brazos para no dejarlo solo, y los tres se fueron al destacamento policial. Pero allí tampoco hubo explicaciones: solo le dijeron que necesitaban trasladar al cuerpo al Instituto Médico Legal para hacerle una autopsia. Y que Víctor, su primo Pancho, ya se había ido de la comisaría.

Laura se fue a lo de su hermana Grisél. Tanto ella como Coqui, su pareja, son policías, y les pidió que averigüen qué había pasado. En el medio avisó a toda la familia. Llamó a su papá, Julio, que se descompuso al oír la noticia, y terminó hablando con su hermano, Fabián. Quedaron en encontrarse todos en el Instituto Médico Legal. Su padre y su hermano sacaron el auto y chocaron contra un árbol a las pocas cuadras. Terminaron yendo en taxi. Eran las siete de la mañana.

Lo que siguió después Laura lo recuerda como imágenes sueltas; flashes que pudo ir reconstruyendo a partir de lo que le contaron cuando recobró un poco de lucidez. Tenía claro que no quería hacer velorio. “De acá al cementerio”, le dijo al padre de Brandon. Su pedido tenía una explicación: “Yo ya tenía dos hijos enterrados. No quería volver a pasar otra vez por lo mismo. Quería que el padre me apoye en eso y se lo dije cuando llegué al Instituto Médico Legal”, relata. Pero Rubén no compartía la idea. Sin embargo, quienes la terminaron de convencer fueron sus compañeros de trabajo del Mapaci, que además pusieron plata de su bolsillo y alquilaron una sala velatoria. El argumento que inclinó la balanza fue simple: mucha gente iba a querer despedirlo, y Brandon se merecía ese último adiós.

La historia no le cerraba y nadie le aportaba ningún ~~dato~~. dato

“Me dijeron que había muchísima gente. Yo estaba ida, no me acuerdo de mucho. Sé que vino gente de Sanford, de Casilda. Y que estaba toda la gente del barrio”, dice. Hasta ese momento, Laura no solo no sabía qué había pasado con su hijo, sino que tampoco había podido hablar con quienes lo acompañaban esa noche. Recién en el velorio pudo encontrarse con Pancho. Cuenta, un poco avergonzada, que reaccionó sin pensarlo y le empezó a pegar cachetadas al frente de todos.

—¡Pancho, no me lo cuidaste! ¡¿Dónde me lo metiste, Pancho?! —le gritaba frente a la mirada atónita de los presentes.

—**Tía, yo te lo cuidé. Te juro que te lo cuidé**— respondía Pancho, como podía, mientras lloraba.

El papa de Cristofer la abrazó y la sacó de la sala. La llevó a tomar aire. Allí la acompañó Coqui, su cuñado policía. En la cabeza de Laura todavía rondaba la idea del enfrentamiento entre bandas que el policía del Roque Sáenz Peña le había comentado. Coqui intentó tranquilizarla. Le dijo que estaba averiguando y que ya le iba a contar. Pero le dijo que había intervenido Asuntos Internos, un indicio que en ese momento Laura no supo o no pudo leer. Eran las 10 de la noche del viernes primero de enero del 2016.

Al día siguiente, familiares, amigos y allegados sepultaron el cuerpo de Brandon en el panteón San Expedito del cementerio La Piedad. Los medios informaron lo poco que se sabía: un adolescente alcanzado por una bala en una fiesta callejera que se desbordó. El lunes a primera hora Laura estaba en el Ministerio Público de la Acusación para hablar por primera vez con la fiscal Marisol Fabbro. Le hicieron las preguntas de rutina: cuándo lo había visto por última vez, qué había pasado esa noche, si tenía problemas con alguien. La fiscal le dijo que estaban siguiendo una línea de investigación y que la mantendrían al tanto de cualquier novedad. Solo eso.

Esa noche Laura no pudo dormir. Los horarios de su trabajo nocturno, sumado al estrés y la tristeza de esos días, se tradujeron en un insomnio que la levantó de la cama antes de las seis de la mañana. Se puso a acomodar su casa y un rato después a barrer la vereda. La voz de una vecina la sacó de la introspección:

—Lau, detuvieron al que mató a tu hijo. En la Boing están diciendo que es un policía, Lau. Que lo mató un policía.

Desde su celular comenzó a llamar a Fabbro. No recuerda cuántas veces, pero sí que fueron muchas. Recién al mediodía la fiscal le devolvió el llamado y le confirmó que un policía estaba involucrado en la muerte de su hijo y que lo habían detenido preventivamente, con intención de imputarlo y llevarlo a juicio.

Laura estaba conmocionada. Ese estado se incrementó cuando se lo contó a su mamá y no encontró la misma reacción.

Están diciendo que es un policía, Lau.

Lo mató un policía.

lo mató un policía.

—¿Vos lo sabías?

—Nos enteramos el mismo día, hija. Queríamos cuidarte.

La familia supo casi desde el primer momento que la Policía estaba involucrada. Se enteraron por dos vías. Primero por su hermano, que en el viaje en taxi hacia el Instituto Médico Legal supo parte de lo sucedido: el chofer había estado trabajando durante la noche en la zona y trasladó a varios pasajeros que habían observado los incidentes en Centenario y Entre Ríos. Luego, su hermana y su cuñado confirmaron la versión desde adentro de la Policía, durante la noche del primero de enero.

Laura estaba ofuscada por haberse enterado por medio de una vecina de algo que su familia sabía desde hacía varios días. Las explicaciones del silencio se las dio su hermano:

—Negra, primero te tuve que atajar para que no te tirés abajo de un auto. Después te querías tirar por las ventanas en el velorio. ¿Cómo hacíamos para decirte que lo había matado un policía? Queríamos esperar que estés más calmada.

Dice que el enojo se le fue apaciguando y que sus familiares hicieron bien en cuidarla. Reconoce que durante el velorio estaba fuera de sí, que miraba el cielo y que en su cabeza había un solo pensamiento: irse con Brandon, reencontrarse con su bebé.

Las vainas encontradas en la escena del crimen coincidieron con el arma reglamentaria de Gómez.

El suboficial Emiliano Gómez fue imputado a los pocos días por la muerte de Brandon Cardozo, iniciando un proceso judicial que se extendería por más de dos años. El 8 de octubre de 2018 comenzó el juicio oral en el que, a lo largo de distintas audiencias, la fiscal Fabbro compartió las pruebas recolectadas durante la investigación, incluidas las declaraciones de varios testigos que ubicaron a Gómez en el lugar de los hechos y disparando contra la multitud. También los resultados de las ruedas de reconocimiento, que fueron positivas. Las vainas encontradas en la escena del crimen coincidieron con el arma reglamentaria de Gómez. Todas tenían la punta pintada de azul, al igual que una serie de balas secuestradas en el domicilio del oficial.

Los abogados defensores buscaron que el imputado sea absuelto por el beneficio de la duda. La estrategia se basó en el supuesto armado de “una cama” en su contra, tratando de inculpar a Lucas Brest, el policía que lo había delatado. En su relato, Gómez reconoció haber realizado “cuatro o cinco detonaciones al aire” y dijo que Brest disparó tres veces hacia el lado de la gente, hasta que en un momento se le trabó el arma. Pero su testimonio no quedó allí. Dijo que Brest portaba un 38. Que estaba seguro de eso porque era un arma que muchos policías llevan encima con un objetivo específico: plantarlo en los procedimientos en los que sea necesario.

Para Fabbro, los hechos catalogaban como un homicidio simple agravado por el uso de arma de fuego. En concreto, según esa mirada Gómez no tuvo intención de matar, pero era consciente del resultado que podía tener la acción. Por ese delito solicitó una pena de veinticuatro años de prisión. Según la fiscal, Gómez no abusó de su función porque estaba de franco y sin uniforme.

Salvador Vera, Guillermo Campana y Nicolás Vallet, los abogados querellantes en representación de la familia, no coincidieron con la lectura de la fiscal. Para ellos, el oficial había abusado de sus funciones y por lo tanto se justificaba un pedido de prisión perpetua. Los abogados argumentaron que sobre Gómez recaía una condición permanente de policía, agravada por haber utilizado su arma reglamentaria, proveída por el Estado. En síntesis, que un policía no deja de ser policía en su día libre.

La contradicción es que el argumento suele ser usado a la inversa en defensa de la institución policial. Es válido preguntarse qué habría sucedido si Brandon hubiese muerto de un disparo tras ser descubierto en medio de un delito por el oficial Gómez. Seguramente su defensa habría estado encuadrada en la vocación policial, que no conoce de francos y no desaparece cuando un oficial se quita su uniforme.

Finalmente, tras varias jornadas de audiencias y alegatos, el 19 de octubre de 2018 se conoció el veredicto. Afuera del Centro de Justicia Penal, organizaciones sociales, políticas, sindicales y de derechos humanos aguardaban la sentencia. En una sala plagada de expectativas, el tribunal, conformado por los jueces Hebe Marcogliese, Juan Carlos Curto y Alejandro Negroni, condenó a Emiliano Gómez a veinte años de prisión por el delito de homicidio agravado por el uso de arma de fuego. Laura sabe, y lo repite a menudo, que nada ni nadie le va a devolver a su hijo. Pero encuentra algo de reparación en la condena. Algo que tiene un sabor que busca parecerse a la justicia.

A Belén, la noticia sobre la muerte de Brandon la encontró pasando el año nuevo en el Chaco, con su familia paterna. Días antes había discutido con su madre, que se quedaba en Rosario y había organizado para recibir el 2016 en Las Delicias. Belén quería quedarse con ella. Se imaginaba mirando los fuegos artificiales desde el callejón con sus amigos del barrio, los de toda la vida; seguramente tomando una sidra a escondidas en la vereda, que es más dulce que la cerveza, mientras los más grandes estiraban la charla hasta la madrugada. Pero no la dejaron. Y esa noche, después del brindis de las doce, se fue a dormir enojada bajo el calor chaqueño.

Al día siguiente, su hermano le dio la noticia sin vueltas: “Lo mataron al Brandon”, le dijo. Al principio no le creyó, aunque sabía que no le podía estar mintiendo con algo así. Por whatsapp, los primos de Brandon le confirmaron la noticia, pero ella seguía incrédula. Solo cuando entró a la cuenta de Facebook de Brandon y vio que su muro comenzaba a llenarse de mensajes de despedida entendió que su amigo había muerto. El último posteo de Brandon en esa red social parece un mensaje para sus seres queridos: “Yo sonreiré, por sobre todas las cosas”. Belén no sabía aún qué había pasado. En ese entonces tenía trece años.

Al principio la invadió la culpa: “Yo me había peleado con Brandon dos semanas antes. Pero mi idea era, si me dejaban quedarme, verlo en año nuevo y arreglarnos”, cuenta. Dice que lamenta haber eliminado los chats y no poder releer las conversaciones que tuvieron: “Solo me quedó uno viejo, de una vez que él me puso ‘hola’. Y como no le contesté, al rato me

“Que lo q
que lo ex
que él no
morir d
manera

quería,
extrañaba,
no merecía
de esa
a.”

mandó que yo siempre me olvidaba de él. Ahí terminaba la conversación. Eso es todo lo que quedó. No tenemos ni fotos juntos”. Cuando empieza a olvidarse de su voz, para ayudar a la memoria acude a un video viejo que quedó dando vueltas en su teléfono.

Belén no fue al velorio ni al funeral, pero encontró otras formas de procesar su muerte. Durante varios años siguió escribiéndole por Facebook cosas que le quedaron por decir. Que lo quería, que lo extrañaba, que él no merecía morir de esa manera. A veces le contaba de sus logros, si había tenido un lindo día.

Con el tiempo, Belén le fue escribiendo menos; el año pasado falleció su mamá, de manera inesperada: “Ahora le escribo a ella”, dice. Pero las redes también le abrieron camino para dar con otro Brandon, uno que ella desconocía: “Con Cristofer nos conocimos tres años después de lo que pasó con Brandon. Él subió una historia donde estaban juntos y yo le respondí. Después yo subí una y él me habló a mí. Y quedamos en juntarnos un día, para hablar de él”.

Ambos se encontraron con una faceta distinta de su amigo, como un intercambio de figuritas en el que cada uno pudo completar su álbum de Brandon con la parte que le faltaba. “A mí se me hacía raro imaginarme a Brandon con la picardía como para verla vestida de blanco y empujarla a la zanja, porque nunca lo había visto hacer algo así”, dice Cristofer, sonriendo. “Y yo sabía que le gustaba la música electrónica, pero no que le gustaba rapear”, completa Belén.

Nunca había tenido contacto cercano y menos de alguien de su...

Hoy Cristofer es músico y freestyler. “La música es arte, el freestyle es más como un deporte”, explica. Las horas de sus días se reparten entre el trabajo de cadertería y el taller de freestyle para chicos que dicta en el Centro Cultural Unión Sur de barrio Tablada. Cuando le queda tiempo y algo de energía, se dedica a componer sus propias canciones o a practicar sus rimas. Una pasión que adquirió de la mano de Brandon.

De a poco empezó a animarse y le fue tomando el gusto a la adrenalina de pensar con qué palabra seguir. En las juntadas con Brandon practicaban jugando. Hablaban de algún día rapear juntos en escenarios, ante muchas personas. Y se prometieron cumplir sus sueños. Después los vientos soplaron cruzado y las cosas cambiaron. Brandon se inclinó para el lado del fútbol, pero Cristofer siguió con la idea fija y continuó practicando. Primero se aseguró de poder rapear un minuto de corrido, el tiempo que se maneja en las competencias oficiales, en el que habitualmente entran veinticuatro rimas. “La primera vez me fue horrible, pero con práctica fui mejorando”, cuenta.

ido un o con la *muerte* en edad.

Habían acordado ir juntos a la primera competencia de Cristofer, pero Brandon después no pudo. La próxima vez será, pensó Cristofer, sin darle demasiada importancia. La siguiente fue en 2016, después de la muerte de Brandon: “Eso es algo que me duele muchísimo, porque unos años después estuve en escenarios grandes y delante de mucha gente, como nosotros deseábamos. Pero la idea era estar los dos”, lamenta.

Cristofer se enteró del asesinato cuando escuchó a su papá hablar por teléfono. En su casa había parientes de visita para festejar el nuevo año con la familia. Su padre bajó la escalera llorando. La reacción fue similar a la de Belén: “No puede ser posible”, pensaba Cristofer. Tampoco sabía cómo reaccionar; nunca había tenido un contacto cercano con la muerte y menos con alguien de su edad. Recién pudo tomar conciencia algunas horas más tarde, cuando en el Instituto Médico Legal su padre y el de Brandon se fundieron en un abrazo que los hizo romper en llanto.



“Era la primera vez que veía llorar a Rubén. Uno a sus papás los ve enormes, fuertes, y el papá de Brandon siempre dio esa sensación. Cuando llegamos al Instituto Médico Legal, la mamá de Brandon lloraba desconsolada y Rubén estaba serio, como si no tuviese ninguna emoción. Parecía ido, shockeado. Hasta que mi papá lo abrazó y ahí dejó salir todo el dolor que estaba conteniendo. No sé bien por qué, no había nada que lo obligue a eso. Pero quizás necesitaba ese abrazo como para poder liberarse. Esa escena me resultó muy chocante. Fue un abrazo que a mí me hizo caer la ficha”, recuerda.

La muerte de Brandon activó algo en Cristofer. Por un lado, una suerte de conciencia social con las causas de violencia institucional que lo llevó a participar en todas las movilizaciones e involucrarse en el reclamo de justicia por Brandon, así como de las marchas contra el gatillo fácil o las del 24 de marzo. Pero también se encendió un desafío interno por cumplir sus sueños,



no muere el que se va, sino que muere quien se olvida

una posibilidad que a su amigo le habían arrebatado. Hacia ese horizonte camina. Desde entonces, cada vez que se sube a un escenario, Cristofer se transforma en Krizto. Y dice que en las batallas corre con ventaja, porque siente que no rapea solo.

En junio de 2016 abrió su canal de Youtube. Un día después, publicó su primera canción, titulada *Eterno*, un rap que describe sus sentimientos y sensaciones a pocos meses de la partida de Brandon. Una canción que le habla directamente a él. “En cuestiones técnicas seguramente sea de mis peores canciones, pero es a la que más aprecio le tengo, porque fue la primera que hice. Y la hice para él”, dice. El nombre de la canción se relaciona con Canserbero, un rapero y compositor venezolano que escuchaba con Brandon cada vez que se encontraban: “Tiene una canción donde dice que no muere el que se va, sino que se muere quien se olvida. Y es una filosofía a la que me aferré muchísimo”.

**No te gustaría verme tan mal,
eso es algo evidente;
por mí no te preocupes, tu recuerdo
me mantiene fuerte;
sinceramente las sonrisas reales a
esta instancia;
aparecen al recordar momentos
compartidos en nuestra infancia.**

“tengo un hermano arriba que quiero hacer se

De a poco se fue abriendo camino en las competencias de freestyle. En esas batallas llevaba un amuleto: una remera de fútbol negra con el 16 en la espalda y el nombre de Brandon; en el frente, del lado del corazón, un escudo con la leyenda “Justicia por Nano”. Las camisetas se hicieron en el marco de una serie de actividades organizadas por Laura en conjunto con distintos movimientos sociales y de derechos humanos para reclamar justicia. Bajo la consigna “Yo me pongo la camiseta por Brandon”, se hicieron concentraciones y festivales que buscaban mantener activa la lucha a la espera del juicio oral y público. Krizto llevó el mensaje a cada una de las competencias en las que participó.

En 2018 clasificó para batallar con los mejores freestylers de la provincia. Estaba en semifinales y solo necesitaba ganar una rueda más para llegar a la competencia nacional. En medio de esa batalla, en la que los rivales se escupían rimas con las caras cada vez más pegadas, Krizto jugó su carta:

—¿Sabés por qué vine acá yo tan poderoso? Porque tengo un hermano arriba al que quiero hacer sentir orgulloso.

ba al entir orgulloso”.

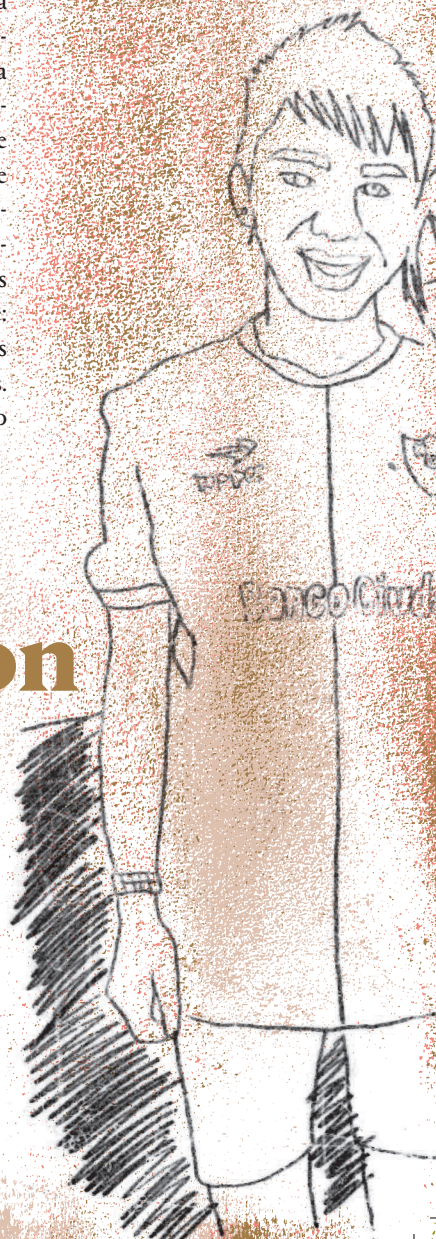
Días después de una competencia en Buenos Aires, Krizto fue invitado a rapear en el Congreso de la Nación junto a Valentín Oliva, más conocido como Vos, que iba a ser condecorado en el Senado. Krizto aprovechó para contarle la historia de Brandon y terminaron grabando un video de apoyo a la causa en el que Vos dice: “Yo me pongo la camiseta por Brandon Cardozo. Basta de impunidad por tener uniforme”.

Cristofer compuso otras dos canciones más en homenaje a Brandon: *Al cielo* y *Desde el suelo*. A la segunda le cuesta cantarla en vivo, se conmueve y la voz se le quiebra:

**Cada año nuevo mi corazón no
da respuesta;
noche buena ya no existe,
ahora es una fecha molesta;
pero el día que naciste
últimamente no afecta;
si está claro que en tu cumple
el cielo se encuentra de fiesta.**

Entre lágrimas, Cristofer dice que siempre fue una persona hogareña, de no salir mucho, de entretenerse con poco. Y que no tiene recuerdos de haber ido a un cumpleaños de Brandon. Salvo al del 2016, cuando sus familiares y amigos organizaron una suelta de globos en Centenario y Entre Ríos, la esquina donde un mes y medio antes lo habían asesinado. La consigna era que cada persona escriba algo que le gustaría decirle a Brandon, pegarlo en un globo y soltarlos todos al mismo tiempo. Él aún recuerda su mensaje: "Nosotros siempre hablábamos de cuidar a nuestras familias y de que íbamos a cumplir nuestros sueños. Le escribí que se quede tranquilo, que yo cumplo mis promesas".

Lleva a Brandon
en la memoria
y en su andar.





Tras la muerte de Brandon, Laura dejó su trabajo en el Mapaci. Se le hacía imposible reconstruir su rutina. “Mi cabeza no estaba bien”, reconoce. Pero dice que eso cambió. Desde hace un año atiende un minimarket. Dice que le gusta, que le deja tiempo para hacer otras cosas. Piensa en él todo el tiempo, pero intenta mantenerse ocupada. En 2019 terminó el secundario en una Escuela de Enseñanza Media para Adultos. Además se anotó en talleres de dibujo, de pintura, de bordado y de porcelana fría. “Creo que son cosas que a él le hubiesen gustado que haga, que estaría orgulloso”, relata.

Lleva a Brandon en la memoria y en su andar. Usa una cadenita con un dije en forma de corazón que tiene una foto de los dos juntos. “El dije me lo regaló una amiga. La cadenita es la que tenía él esa noche. Siempre la usaba con un dije de Newell’s, una pelotita, y un anillo, que es este”, dice, estirando la mano. También lo lleva en su ropa, aunque sin planearlo demasiado. La remera que tiene puesta la compró sin mirar demasiado la estampa, aunque reconoce que le sirve como filosofía de vida. Sobre un fondo negro, se lee una frase con letras de distintos colores: **“Un día a la vez”**.



Municipalidad
de Rosario





Municipalidad
de Rosario